

dos sociedades, la de la *fe* para conservar la verdad sobre la tierra, y otra sociedad de *ciencia* que perpetuará el error : y entre estas dos sociedades, siempre en estado de guerra como el bien y el mal, la luz y las tinieblas, una de ellas inmutable en sus principios é infalible en su enseñanza, se conservará constantemente, apoyada en una autoridad que sube hasta Dios ; y la otra sin principios fijos de estabilidad, sin unidad, no tendrá mas base que la razon variable é incierta de cada hombre. El Cristianismo, manantial de toda verdad y orden, el Cristianismo que comenzó con el hombre, es la ley de esta primera sociedad ; la filosofía, origen de todo error y desorden, la filosofía que comenzó con la caída del hombre tentado por la primera vez del deseo de *saber*, es la ley de la segunda.

CAPITULO XVII.

RESUMEN Y CONCLUSION.

Acabamos de descubrir y poner en claro, segun nos ha sido posible, la idea fundamental del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religion*. No hemos dejado sin respuesta, ningun argumento algo digno de nota, y pensamos que si en efecto habia alguna obscuridad en nuestra

doctrina, no hay ahora nada que pueda servir de obstáculo á los ingenios acostumbrados á esta clase de consideraciones, y á ellos solos se las dirigimos. Los verdaderos ignorantes en estas materias, los prevenidos ó distraídos, tanto entenderán esta *Defensa*, como han entendido la obra misma. No es posible hacerse entender de ellos, no puede uno ser claro, vuelvo á decir, sino para los entendimientos atentos y preparados de antemano, por estudios y reflexiones precedentes. Así que, por mas evidentes que nos parezcan nuestros principios, conocemos demasiado la extension del imperio de las preocupaciones en el hombre, y mas que todo, cuan diversos son los juicios de la razon individual, para lisonjearnos de que nuestras pruebas hayan podido disipar todas las dudas y acabar del todo con la oposicion. No hay nada de que no se dispute, y de que no se pueda disputar eternamente, en tanto que no tenga cada cual otra regla de verdad, que su razon. Se disputará pues, sobre la autoridad, por todo el tiempo que se quiera; se disputa muy bien sobre Dios: ¿Y qué cosa no podrá negarse pues hay quien le niega?

Por lo tanto no prueba la contradiccion que una doctrina sea falsa, ú obscura ó incierta; sino solo que parece tal á ciertos entendimientos. Prueba la contradiccion lo que habemos tratado de probar, la necesidad de un juez, de una autoridad infalible, ó de una razon superior, por la que se regulen las demas razones; y los católicos, aun antes de haber examinado si realmente existe esta autoridad, deberian desear que la hubiese; deberian, despues de reconocida su existencia, unirse para defender sus derechos; satisfechos de hallar el fundamento y la regla de la razon misma, en la regla y el fundamento de su fe. Se concibe muy bien que no admitan los incrédulos un principio que trastorna todos sus errores, y tal vez se hubiera podido dejarles el cuidado de combatirle. ¡ Ah! tan fácil es ocultar como entre nubes las verdades mas evidentes, que si hay algo que deba admirar, no es el haber llegado á obscurecerlas, sino el que se dejen aun ver de nuestros débiles ojos, en medio de las tinieblas, de que nuestras pasiones han querido cercarlas.

Preséntasenos aquí una reflexion que supli-

camos medite el lector cristiano con toda seriedad. Dios lo hizo todo para sí, la fe nos lo asegura, y no hay cosa mas clara que esta para la razon. Hay pues, en la naturaleza del hombre, una propension hácia Dios; y en efecto, ¿qué es Dios? la verdad infinita, y el hombre tiene un deseo infinito de conocer ó poseer la verdad. Pero si Dios ha puesto en la naturaleza del hombre esta propension hácia él, necesariamente ha puesto tambien un medio, por el que llegue el hombre al punto que se propone, es decir á la verdad, ó á Dios mismo, segun lo que quiere darse á conocer del hombre en este mundo. ¿Cuál es este medio? Los hombres han buscado la verdad desde el origen del mundo por solos dos caminos.

O, sometiendo su propia razon á la razon universal, han creido sin exámen, por la fe de la tradicion, todo cuanto atesta la mayor autoridad, y este camino, continuado hasta el fin, conduce al hombre hácia el Cristianismo, ó á un conocimiento perfecto de Dios, por la humildad, la obediencia, por el ejercicio de todas las virtudes recomendadas en el Evangelio.

O, tomando como regla su propia razon, y sometiendo todas las tradiciones á su juicio, no han querido creer sino lo que les parecía claro, evidente y demostrado; y este camino continuado hasta el fin, conduce al hombre, de error en error, hasta el escepticismo, ó lo mas lejos posible de Dios; por el orgullo, la independendencia y rebelion, por todo lo condenado y reprobado en el Evangelio.

¿Y podrá vacilar el cristiano entre estos dos caminos? ¿es posible que el principio del mal, el orgullo, sea el principio de la certeza? ¿que se halle lejos del camino de la verdad, el entendimiento humillado, cuando da crédito á una razon superior que enseña? Estas son, á pesar de todo, las consecuencias de los sistemas que impugnamos. Es cierto que no se deducen estas consecuencias en nuestras escuelas, que se horrorizarian de sacarlas, pero se deducen en otras y ¿no es esto bastante para abandonar las máximas de donde se deducen ellas?

Nos parece muy útil el presentar, antes de dar fin á este escrito, un breve resúmen para

que, con mas facilidad, se pueda estar al alcance de la totalidad de las ideas y su enlace.

Remontando al origen de la filosofía, y observándola en todas las épocas de su duracion, hemos hecho constar un hecho importante, cual es, que enseñando ella al hombre á buscar la verdad en su razon sola, en todas partes ha debilitado esta las verdades tradicionales, y ha perdido á los pueblos, precipitándolos en la duda y el error.

Procurando despues averiguar la razon de este hecho, hemos manifestado que toda filosofía que constituye el principio de certeza en el hombre individuo, no puede efectivamente dar base sólida á sus creencias, ni regla segura á sus juicios.

La falta de base sólida, sobre que se apoyen las creencias produce el escepticismo; la falta de una regla segura de los juicios produce el escepticismo y el error.

Convencidos de este modo de que la filosofía es un camino de error y duda, es decir, un camino de destruccion, hemos procurado encontrar fuera de ella un medio para llegar á la ver-

dad, y este medio le hemos encontrado en nuestra misma naturaleza.

En efecto, la naturaleza precisa á que todos los hombres creen mil y mil cosas, cuya verdad es tan imposible demostrar, como el dudar de ellas.

Hemos convenido pues, en admitir como verdadero lo que todos los hombres creen invenciblemente tal. Esta fe invencible, universal, para nosotros es la base de la certeza, y hemos patentizado con efecto que si se desecha esta base, si se supone que lo creído por todos los hombres verdadero puede ser falso, ya no hay certeza posible, ni verdad, ni razon humana.

Y para que se conciba exactamente, en que se diferencia nuestro primer principio del de la filosofía, aqui reducirémos ambos á su expresion mas sencilla y rigurosa.

Primer principio de donde partimos : *Lo que todos los hombres creen verdadero, lo es.*

Primer principio de la filosofía : *Lo que la razon de cada hombre, percibe clara y distintamente, es verdadero.*

Si lo que todos los hombres creen verdadero,

lo es, se sigue que la uniformidad de las percepciones, y el acuerdo de los juicios es el carácter de la verdad: esta uniformidad y este acuerdo, que conocemos por el testimonio, constituyen lo que llamamos razon general ó autoridad; con que la autoridad ó la razon general, es la regla de la razon individual.

Si lo que la razon de cada hombre percibe clara y distintamente es verdadero, cada hombre debe tener por verdadero todo aquello que cree percibir clara y distintamente, ó en otros términos, lo que cada hombre cree fuertemente ser verdadero, lo es.

Mostramos que esta regla filosófica autoriza todos los errores, y que constituyendo á la razon de cada uno, juez de lo que debe creer, nada hay que responder á los incrédulos, cuando digan: Mi razon no está convencida; póngase uno con respecto á ellos, en la misma posicion, en que están los hereges unos con respecto á otros; en una palabra, adóptese el principio de la heregia con todas las contradicciones y absurdos que trae consigo. Aplicando despues á las controversias contra los ateos y los deistas el

principio de autoridad, hacemos ver como, con este solo principio, se precisa á todos los enemigos del Cristianismo á que reconozcan su veracidad, ó que nieguen su propia razon.

Por último, respondemos á las objeciones que se han propuesto contra nuestra doctrina, y despues de haber manifestado que, lejos de perjudicar á las pruebas ordinarias de la Religion, las completa y fortifica, probamos que el método de los filósofos es idéntico al de los hereges, así como el método expuesto en el *Ensayo*, no es otra cosa que la regla de la fe católica.

Muy en vano pues se le ataca; no es menos invariable que la misma verdad católica: y hemos llegado á tiempos en que, obligados á traer desde lejos, y como de las extremidades del error, á un crecido número de entendimientos, hácia esta verdad santa, hase debido reconocer mejor la via conducente á ella, y asegurarse de que hay solo una. Se verá de dia en dia con mas claridad, que basta esperar, y hubieramos podido dejarlo al tiempo, y que uno muy próximo respondiese por nosotros. Este prodigioso movimiento que agita el mundo, estas tinieblas

que se condensan y esparcen sobre la razon humana, este desorden radical y casi universal, este terrible ascendiente del error, ¿le permite Dios sin designio, y sin que deba resultar de él una nueva instruccion? No; no se piense tal: alguna cosa grande se prepara; resultará del centro de esta misma noche una luz mas brillante: *los hijos de la luz* la saludarán como aurora de su libertad; *los hijos de las tinieblas* la maldecirán como anuncio de su ruina; y segun se aproxime el momento de la última separacion, abriéndose el cielo para recibir sus escogidos, manifestará con mayor claridad la verdad inmutable, que contemplarán por los siglos de los siglos.

FIN DE LA DEFENSA Y DEL TOMO ULTIMO.

BIOGRAFIA

DE LOS FILOSOFOS

MENCIONADOS EN ESTA DEFENSA,

Y

NOTICIA EXACTA

DE SUS SISTEMAS Y DOCTRINAS *.

BACON.

FRANCISCO BACON, lor de Verulam, vizconde de San-Alban, comenzó en Inglaterra la reforma de la filosofia; hombre dotado de facultades superiores, de una vasta capacidad, que poseia un fondo de ciencia, con el conocimiento del mundo y de los hombres; pero de un genio, que no dejó de ser reprehensible. Fué

* No se ha juzgado necesario poner en esta BIOGRAFIA la de los teólogos, citados por M. de La Mennais, en razon de estar suficientemente conocidos, y tambien por ser su doctrina, en el fondo, la misma que la de nuestro autor. (NOTA DEL EDITOR.)